

era la disminución que se manifestaba en la exportación de los productos rusos por consecuencia de la guerra, y estribaba la tercera en la inferioridad de los rusos bajo el aspecto de la fabricación, inferioridad que les obligaba á adquirir fuera todos los objetos de lujo. No había modo de que cesaran las dos primeras causas, pues se necesitara substituir oro y plata al papel moneda, ó dar á las exportaciones de Rusia una facilidad incompatible con la guerra; pero el comercio ruso se había figurado que si se prohibían los paños, sedas, telas de algodón y otros objetos procedentes del extranjero, lo produciría la industria rusa, y desaparecería de consiguiente una de las causas de la baja del cambio. Posible era que se verificara así con el tiempo; mas pensar que se siguiera al instante, no pasaba de ser una de las esperanzas ilusorias que constituyen el consuelo común de los intereses lastimados. Tales reclamaciones había elevado con este motivo una comisión de negociantes rusos, formada cerca del gobierno, que Alejandro se vió obligado á expedir un ukase prohibiendo todas las manufacturas inglesas, muchas manufacturas alemanas y algunas francesas, por considerarse que hacían concurrencia á la industria rusa, tales como los paños y las sedas. Por el ukase éste se establecieron penas severas y muy semejantes á las introducidas por Napoleón en su código de aduanas, pues eran la confiscación y la guerra.

Tal era el modo con que Alejandro pretendía corresponder á los empeños que en Tilsit contrajo. Viendo Napoleón no tener reparo en sus combinaciones mercantiles, y tan pronto prohibir con terribles penas los productos ingleses como admitir grandes cantidades de ellos bajo un impuesto muy lucrativo; viéndole igualmente rechazar del suelo francés los productos de naciones amigas, tales como los suizos ó los italianos, cuando hacían concurrencia á la industria francesa, se propuso también procurar sus conveniencias particulares, ateniéndose á la letra material de los tratados muy estrechamente entendida. Sentados estos límites, decidióse á parapetarse en ellos, con suavidad en la forma, con obstinación en el fondo, y á mantenerse allí sin ruptura con Francia mientras le fuera posible, y en todo caso á no exponerse á la guerra hasta que se desembarazara de los turcos, pero á aceptarla antes que suprimir las reliquias de su comercio.

Temiendo, no obstante, que para con un carácter de la entereza de Napoleón ni aun las más suaves formas alcanzasen á precaver una ruptura, determinóse á tomar algunas precauciones militares, no amenazadoras aunque sí de eficacia. Nada quiso hacer muy cerca de las fronteras polacas, dado que eran hasta cierto punto fronteras francesas; y así, abandonando la línea del Niemen, eligió su línea de defensa más á la espalda, esto es, junto al Dwina y al Dnieper, ríos que, naciendo uno cerca de otro, trazan en su curso, el primero hacia el Báltico, el segundo hacia el mar Negro, una gran línea transversal del Noroeste al Sudoeste, que es en lo interior la verdadera línea defensiva de Rusia. Delante de un adversario tan impetuoso como Napoleón era menester dejar campo y establecer en el corazón del imperio el terreno de la resistencia. Ocupándose Alejandro personalmente en los detalles militares con hombres experimentados, dispuso que se construyeran obras de fortificación en Riga, en Dunaburgo, en Vitepsk, en

Smolensko y sobre todo en Bobruisk, plaza asentada junto al Berecina, en medio de los pantanos que hay á las márgenes de este río. A estas obras defensivas que, en su concepto, no debían ser más provocantes que las que Napoleón hacía construir en Dantzick, en Mollín, en Torgau, añadió algunas providencias de organización militar. Desde la guerra con los suecos había quedado en Finlandia cierto número de regimientos pertenecientes á divisiones estacionadas habitualmente en Lituania. A este punto hizo venir tales regimientos, y dedicóse además á mantener en pie de guerra todas las divisiones establecidas en las fronteras de Polonia, la mayor parte de las cuales se hallaba desde la paz de Tilsit en los mismos acantonamientos.

Adoptadas estas disposiciones se esmeró Alejandro en atemperar á su política su lenguaje. Con Mr. de Caulaincourt se tenía que explicar sobre la admisión de los neutrales en los puertos rusos, sobre la extensión de las fronteras francesas hasta Hamburgo, sobre la toma de posesión del país de Oldemburgo, sobre la formación evidente, aunque disimulada, de una poderosa guarnición en Dantzick, puntos todos sobre los cuales resolvió explicarse con dulzura y al mismo tiempo con firmeza, de modo de probar que tenía buenos informes, que no buscaba la guerra, pero que la haría en exigiéndose ciertos sacrificios á que no se prestaba en ningún concepto; de modo, en fin, de no atropellar cosa alguna y de no producir una crisis cercana.

Algo de frialdad había manifestado á Mr. de Caulaincourt después del matrimonio que se descompuso y después de la negativa de la convención referente á Polonia; frialdad que se dirigía al gobierno francés, y que procuró con mucho tacto que no fuera personal hacia Mr. de Caulaincourt. De éste sabía que, conociendo hasta qué punto se hacía su situación dificultosa y deseando volver á Francia para casarse, había solicitado y conseguido su relevo: no quería, pues, despedir descontento á un hombre á quien estimaba y amaba, y además ponía el anhelo en dar á su lenguaje un carácter amistoso que ya no se veía en sus actos. Por estas diversas razones afectó mantener al embajador de Francia el mismo favor de que había gozado en San Petersburgo; vióle frecuentemente, con la misma familiaridad que antes, y con él multiplicó íntimas conferencias de cuya substancia ordinaria hay que dar idea.

Al decir de Alejandro, Napoleón había variado visiblemente respecto de su persona, y de aliado íntimo en Tilsit, no menos íntimo en Erfurt, ya figuraba como uno de aquellos amigos indiferentes, próximos á declararse contrarios. Lo consideraba y le dolía profundamente, porque no deseaba una ruptura y hacía todo lo posible para evitarla. Prescindiendo de lo que la guerra tenía de azaroso contra tan gran capitán como Napoleón y tan valiente ejército como el francés, era para él una humillación verdadera, pues envolvía la condenación del sistema de alianza que de tres años atrás él solo y Mr. de Romanzoff sostenían en el imperio. En este sistema de alianza persistía, y no disimulaba lo ventajoso que le era para obtener la Finlandia y las provincias del Danubio, estas últimas no conquistadas todavía, quizá por culpa de Francia hasta cierto punto, por no haber ayudado bastante á Rusia en Constantinopla. Mas si Rusia ganaba en este sistema, ¿qué no ganaba Francia, que

desde 1807 había invadido la España, arrancado al Austria la Iliria y una parte de la Galitzia, y convertido recientemente en departamentos franceses los Estados romanos, la Toscana, el Valais, la Holanda y las ciudades anseáticas? ¿Acaso se podían equiparar la Finlandia y las provincias danubianas con tan vastos reinos, con tan excelentes posesiones continentales y marítimas? Aunque pudiera quejarse de este modo de mantener el equilibrio entre los dos imperios, y sobre todo de la extensión de territorio que, ensanchando la Francia hasta Lubeck, la hacía frontera de Dinamarca y de Suecia y casi vecina de Rusia, prefería no efectuarlo por el deseo de acreditar á Napoleón que ninguna rivalidad le animaba en su contra. Con todo, si renunciaba á lamentarse de la falta de igualdad en los provechos que sacaba cada cual de la alianza, ¿cabía que guardara silencio sobre la ocupación de aquel ducado de Oldemburgo, de tan tenue importancia para Napoleón y de tanto interés para la familia reinante de Rusia, y del cual no hubiera debido apoderarse, puesto que, ganando tan poco, ocasionaba tanta pena á un aliado acreedor cuando menos á que se le guardaran consideraciones? ¿No era irrisoria la indemnización de Erfurt que se ofrecía, y no semejava añadir la burla al perjuicio causado? Sobre este perjuicio, manifestaba Alejandro que hubiera tomado su partido, reservándose indemnizar por sí á un tío á quien amaba tanto, pero que la falta de miramientos á Rusia le conmovía profundamente, menos por él que por la nación rusa, susceptible y activa cual convenía á su grandeza. De esta suerte se daba por bueno lo que los enemigos de la alianza, tan numerosos en Europa, habían dicho sobre que Napoleón trataría al zar como á un joven sin experiencia y sin carácter, á quien miraba como á un cliente maniático y sumiso, y de quien se cuidaba tan poco que le ocasionaría todas las desazones que pluguiera á su índole caprichosa. ¿Por ventura convenía darles la razón tan pronto y tan completamente?

Insistiendo en lo de la ocupación de Oldemburgo, expresaba que le había conmovido con especialidad por el efecto que produjo, así en la corte como en el público; efecto deplorable, según afirmaba, aun prescindiendo de todo vano amor propio. Respecto de la indemnización de Erfurt, sin caer en ridículo no podía aceptarla, y por lo demás, rehusándola, nada pedía, pues nada se le podía ofrecer que no fuera arrebatado á algún pobre príncipe de Alemania, inocentísimo de todo el daño, y no quería que se le acusara de contribuir á uno de aquellos violentos despojos que, ya hacía veinte años, estaban sublevando el sentimiento moral de la Europa. Sin duda no tenía necesidad de declarar que por el ducado de Oldemburgo no haría la guerra; pero deseaba no ocultar que estaba agraviado, sobre todo ofendido, y que, sin exigirla, sin designarla, esperaba una reparación que satisficiera la dignidad ajada de la nación rusa.

Y mientras tantos motivos le asistían de queja, decía además Alejandro, se le acababa de suscitar una disputa á causa de los neutrales admitidos en sus puertos, y sobre todo á causa del ukase del 31 de diciembre. Ahora bien: declaraba con toda lisura que insistir en tal punto equivalía á exigirle la ruina total del comercio ruso, ya muy restringido por mil trabas, en lo cual no podía con-

sentir de manera alguna. No á todos se alcanzaba en Europa el interés que tenían las naciones marítimas en resistir las pretensiones de Inglaterra, imponiéndose por tal motivo crueles privaciones, y no era de extrañar que en Rusia costara trabajo comprenderlo. Sólo Alejandro y algunos súbditos ilustrados del imperio conocían este interés, no así la muchedumbre, pues no veía en el bloqueo continental más que una de aquellas voluntades despóticas de la Francia, que era muy duro soportar cuando se estaba tan lejos de ella y con poder bastante para hacerse respetar en todo caso. ¿Y con qué título exigía Napoleón aquellos últimos sacrificios? ¿Acaso en nombre de los tratados? Fielmente practicaba el de Tilsit la Rusia: allí había prometido ser hostil á Inglaterra, proscribir su pabellón desde entonces, y subscribir á los cuatro artículos del derecho de las neutrales, cumpliendo así todo. Declarado había la guerra á la Gran Bretaña sin interés peculiar suyo: cerrado había al pabellón británico sus puertos, buscándolo tan diligentemente bajo el disfraz americano que en aquel año habían sido apresados, condenados y confiscados más de cien buques á pesar de suponer su procedencia americana; y ninguno había sido admitido sin preceder un detenido examen de sus papeles, practicado de acuerdo con Mr. Adam, ministro de los Estados Unidos. Verdades es que Napoleón pretendía que todos los americanos admitidos habían tocado en territorio de Inglaterra ó sido convoyados por sus bajeles, lo cual probaba una connivencia interesada con ella, y era contrario á los decretos de Berlín y de Milán. ¿Pero habían de ser acaso obligatorios para Rusia estos decretos, que plugo á Napoleón agregar al derecho marítimo á título de represalias, y que declaraban desnacionalizados todos los barcos que hubiesen tocado en Inglaterra ó sufrido su convoy ó su visita? ¿Se había concertado Napoleón con la Rusia para dictarlos? ¿Y bastaba que él decretara en París cualquier cosa para que desde el mismo instante hubiera obligación de obedecerla en San Petersburgo? ¿Porque fueran aliados los dos imperios se había de entender que se confundieran bajo la autoridad de un mismo soberano? Muchos hombres ilustrados cuestionaban hasta en la misma Francia sobre la eficacia de las nuevas providencias, y pretendían que de ellas les resultaba tanto perjuicio como á los contrarios. ¿No era lícito pensar en Rusia de igual modo y proceder á tenor de lo que se pensaba? ¿Qué caso hacía el mismo Napoleón de sus propios decretos? Después de dictarlos, después de quererlos imponer, no sólo á Francia, sino á todo el continente, ¿no acababa de quebrantarlos de la manera más extraña adoptando el sistema de las licencias, según el cual todo buque podía ir á los puertos de Inglaterra y volver cargado de productos británicos mediante ciertas condiciones? ¿No había hecho más con la tarifa del 5 de agosto, y autorizado introducciones inmensas de productos ingleses mediante un derecho de cincuenta por ciento? Ahora bien: suponiendo que los americanos admitidos en los puertos rusos fueran todos ingleses, lo cual distaba mucho de lo positivo, ¿haría Rusia nada más extraño que lo realizado por Francia con sus últimos decretos? Y si era lícito á ésta violar el bloqueo á condición de que se exportaran sus vinos ó sus sedas y de que se le pagara un impuesto enorme, ¿no sería lícito á aquella admitir productos,



quizá ingleses, pero más probablemente americanos, á fin de despachar sus maderas, sus cáñamos, sus hierros y sus granos?

Cuando Francia no sabía aguantar las privaciones del bloqueo por una causa que era suya, ¿se había de obligar á las demás naciones, por una causa que no les tocaba sino de una manera accesoria, á sacrificios y á una abnegación de que no se les daba ejemplo? Semejante sumisión no se podía exigir más que de esclavos pródigos de su vida para defender á un amo que ni aun se digna exponerse al peligro. Rusia no se hallaba en este caso respecto de nadie: ella había contraído el empeño de ser hostil á Inglaterra y lo cumplía exactamente: había excluído el pabellón británico, seguiría excluyéndolo y buscándolo bajo sus diversos disfraces; pero no iría más allá, y continuaría reconociendo y admitiendo á los neutrales. En cuanto al ukase de 31 de diciembre no había que decir palabra para quien quisiera considerar el verdadero derecho público de las naciones. Sin ponerse en hostilidad con una potencia, cada cual era dueño de excluir productos determinados exteriores por favorecer la creación de productos semejantes dentro del país propio. Esto no era hostilidad ni aun signo de malevolencia, pues sin dejar de profesar amistad á un pueblo, lícito era á cada cual preferir el suyo. Ahora bien: Rusia juzgaba que la compra demasiado cuantiosa de las manufacturas extranjeras contribuía á la baja del cambio en su casa, baja que había llegado á ser alarmante; creíase también idónea para fabricar tejidos de algodón, paños, telas de seda, espejos, y quería probarlo. Nadie le podía disputar este derecho: ni por tibieza ni por enojo contra Francia excluía tales ó cuales mercancías suyas, sino porque á su vez se proponía fabricarlas, y la prueba era que por el mismo acto acababa de prohibir todas las manufacturas inglesas y muchas manufacturas alemanas. ¿No había procedido Francia del propio modo y con análogas miras respecto de ciertas procedencias rusas como, por ejemplo, las potasas? No hay de consiguiente, repetía Alejandro, nada por qué reconvenirme, pues soy rigurosamente fiel á la alianza. Cierto es que admito á los americanos, algunos de los cuales pueden ser ingleses, á pesar de las indagaciones que practico para no caer en engaño; pero los necesito, pues sin ellos una parte de mis súbditos perecería de hambre. Con esto no faltó más que á los decretos de Berlín y de Milán, á cuya observancia no estoy obligado, y á los cuales Napoleón falta antes que nadie, como lo testifican sus licencias y su tarifa de cincuenta por ciento, y debe dejarme en paz, ya que me atengo á la conducta que él mismo sigue, más que yo, menos legítimamente que yo, pues no sería mucho pedir que se atuviera á observar sus propios decretos. Por lo demás, francamente declaro que no puedo ceder en este punto; no cederé, tenedlo entendido, y no me atormentéis sin fruto, pues me forzaréis á la guerra y no la deseo, antes bien ansío perseverar en la alianza. Esta alianza tiene para mí de bueno y de malo, pero entré en ella y quiero seguirla; en primer lugar por decoro, y por interés en segundo, pues un sistema no produce sus frutos si hasta que maduren no se persevera. He adquirido la Finlandia, lo reconozco: adquiriré la Moldavia y la Valaquia, si me sirven bien mis generales y si mi aliado no me desampara en Constantinopla: convengo

en que son buenos frutos de la alianza, aunque no tan buenos como la España, los Estados romanos, la Toscana, la Westfalia, la Holanda, las ciudades anseáticas. No obstante, sin comparar los provechos, quiero perseverar en la alianza y hacer que de ella se derive la paz con Inglaterra, que consolidará todas nuestras adquisiciones y que no se puede obtener sin perseverancia. Algunas barricadas de azúcar ó de café que pueda yo tomar en Londres sin saberlo, ó sabiéndolo, como el emperador Napoleón lo hace, no valen la pena de un resfriamiento, ni como inconvenientes son para comparados á los propósitos que origina ya y originará más todavía nuestra desavenencia. Cien veces más satisfacción causará á Inglaterra la esperanza de desunirnos que la que experimentaría de resultas de la introducción de todo el azúcar y todo el algodón acumulados en Londres. Permanezcamos unidos, firmemente unidos, perdonándonos unos á otros muchas cosas inevitables y necesarias, y ahorrándonos sobre todo de inútiles disputas que, con gran daño de la alianza y de la paz general, serán divulgadas bien pronto. En cuanto á mí, sé todo lo que se prepara en Dantzick, todo lo que dicen los polacos, y no me ofusco; ni un paso daré hacia delante, y si se ha de disparar el cañón, dejaré que lo disparen los primeros. Entonces invocaré á Dios, á mi pueblo y á la Europa por jueces, y espada en mano moriré con mi nación toda antes que doblar la cerviz á un injusto yugo. Por grande que sea el genio de Napoleón, por valientes que sean sus soldados, la justicia de nuestra causa, la energía del pueblo ruso, la inmensidad de las distancias, no aseguran probabilidades muy ventajosas en una guerra que por nuestra parte no será más que defensiva. Pero dejemos pronósticos tan tristes, añadía Alejandro estrechando afectuosamente la mano á Mr. de Caulaincourt; os aseguro, bajo mi palabra de honor, que no quiero la guerra, que la temo y que se opone á todas mis miras; pero que si á ella se me obligare, haréla enérgica y desesperada; pero no la quiero, os lo aseguro como soberano, como hombre de bien, como amigo, pues bajo todos estos títulos me avergonzaría de engañaros.

Siempre que Alejandro expresaba estas cosas, y acontecía muy á menudo, hacíalo con un acento de verdad contundente, con una mezcla de gracia, de dulzura y de fuerza (1) que conmovía y apuraba á Mr. de Caulaincourt, el cual no sabía qué responder á tantas razones, unas verdaderas, otras menos plausibles.

En cuanto á mí, como historiador sincero, amando á mi país más que á nada del mundo, bien que no hasta el extremo de hacerle el sacrificio de la verdad, declaro, después de haber consultado todos los documentos, que en mi opinión el emperador Alejandro no quería la guerra. Temíala profundamente, y aun cuando empezara á prepararse para ella, por desconfianza del carácter de Napoleón, hubiera hecho todo lo posible á trueque

(1) Aquí he reproducido con exactitud muy escrupulosa las conversaciones de Alejandro contenidas en cien despachos, y debo decir que, leyéndolos, se sorprende uno del conocimiento que ya este príncipe había adquirido por entonces. De cierto el más hábil consejero de Estado francés ó ruso no hubiera expuesto mejor las razones que deducía el zar de los tratados y de la legislación para sostener la tesis que había adoptado, y que desde su punto de vista estaba delicada y sólidamente razonada. (N. del A.)

de evitarla, pues era para él, además de un grande peligro, la condenación de su política personal, una manifestación de haberse engañado al adoptar la alianza francesa en Tilsit, la renuncia á la Moldavia y la Valaquia (según lo han acreditado los sucesos), y por último una temeridad inútil y sin objeto. Sólo una cosa había que pudiera determinar á Alejandro á la guerra, y era el interés de su comercio. Entorpecerlo más allá del límite que se había trazado, le era imposible según el estado de los ánimos en Rusia. Desde el punto de vista del estricto derecho fundaba muy bien su dicho al sostener que no le obligaban los decretos de Berlín y de Milán, á cuyo tenor se quería prohibir la admisión de los americanos que se hubieran comunicado con los ingleses: desde el punto de vista de la alianza, y á título de amistad, sin duda hubiera debido explicar á los americanos convoyados por los ingleses en su mayor parte; pero habiendo Napoleón permitido por las licencias y por la tarifa del 5 de agosto la introducción de los géneros coloniales ingleses, no podíamos en realidad exigir en favor de nuestra causa un celo que no manifestábamos nosotros; y conviene añadir que después de los procedimientos en el asunto del matrimonio, después de la negativa, aunque muy honrosa sin duda, á la convención relativa á Polonia, no teníamos fundamento para reclamar y esperar una adhesión ilimitada. Digámoslo de una vez: había tibieza en el emperador Alejandro, pero no proyecto de ruptura. A nosotros nos incumbía resolver si nos acomodaba pasar, lo cual era fácil de todo punto, de la tibieza á las hostilidades.

Tales eran las disposiciones de la corte de Rusia por consecuencia de las incorporaciones territoriales que habían llevado hasta Lubeck las fronteras francesas y de las nuevas exigencias significadas por Napoleón sobre la ejecución del bloqueo continental. Mr. de Caulaincourt, con perfecta sinceridad, comunicó á París todo, expresando su sentimiento personal de que el zar no quería la guerra. Sólo había llamado una cosa, por ignorarla, y era el principio de los aprestos militares ya mencionados como resulta de las desconfianzas concebidas por el emperador Alejandro. Mas lo que no pudo descubrir desde San Petersburgo, lo que no pudo recoger en medio del silencio que reinaba en su rededor, penetráronlo muy en breve los polacos del gran ducado y los del ejército sobre todo y lo probaron con su vivacidad acostumbrada.

Ansiando de corazón la guerra, pues de ella esperaban la completa restauración de su patria, situados de avanzadas en las fronteras de la Rusia, no habían tardado en saber, sin embargo de lo mucho que se esmeraba la policía rusa en interrumpir las comunicaciones, que se removía tierra junto al Dwina y al Dnieper; que se ejecutaban trabajos en Bobruisk, en Vitepsk, en Smolensko, en Dunaburgo y hasta en Riga, y averiguaron además que retornaban tropas desde Finlandia á Lituania. Con la mejor fe del mundo tomaron estos hechos por signos infalibles de una guerra cercana, y abultáronlos al transmitirlos al general Rapp, gobernador de Dantzick, quien se los participó á Napoleón, según debía. Al cabo de pocas semanas ya había sonado el rumor en toda Polonia de una ruptura cierta entre Francia y Rusia, y mil ecos llevaron este rumor de Polonia á Alemania. Francia fué el único país que no lo

reprodujo, por estar mudos todos sus ecos; mas lo supo el comercio por cartas y lo propaló de resultas.

Noticioso Napoleón por Mr. de Caulaincourt de las respuestas que Alejandro oponía á sus manifestaciones y por el general Rapp de los hechos averiguados por los polacos, sintió una impresión muy profunda: experimentó y manifestó mucho enojo con Mr. de Caulaincourt, diciendo que éste no conocía las cuestiones tratadas con el emperador de Rusia y que se había manifestado muy débil en las cuestiones que tuvo con este soberano: mandó replicar sin demora que los americanos eran todos ingleses, sin lo cual los ingleses no les dejaran libre paso; que era menester no reconocer ningún neutral, pues ya no le había; que las licencias de que se sacaba un argumento en su contra no tenían la menor importancia; que necesitando los ingleses de granos, se los enviaba en cantidad exigua y se los hacía pagar á precio muy caro, obligándolos á recibir vinos ó sedas; que respecto de la introducción más considerable sin duda de los géneros coloniales mediante el derecho del cincuenta por ciento, había que tener presente que para el comercio inglés era ruinoso; que, permitiéndola, no se hacía más que substituirle al contrabando, el cual con una prima de cincuenta por ciento lograba siempre introducir azúcares y cafés á pesar de cuanto se ejecutara para impedirlo; que por lo demás consentía en este método de introducción, y aun había instado al emperador Alejandro á que lo adoptara en Rusia, de lo cual sacara grande provecho su tesoro; que el mejor medio de alcanzar la paz marítima era la guerra á los productos ingleses; que las combinaciones que proponían eran las más ajustadas á las dificultades naturales de la empresa, debiendo sus aliados fiar del todo en su experiencia, si eran sinceros, pues no podría reputarlos sino bajo esta condición como verdaderos aliados.

Pero Napoleón experimentó otro sentimiento muy distinto de la irritación ó del deseo de argumentar al saber la ejecución de los trabajos junto al Dwina y al Dnieper y los movimientos de tropas desde Finlandia á Lituania. Con la presteza común de su espíritu y de su carácter vió al punto en estas simples precauciones la guerra proyectada, declarada, comenzada, y concibió el deseo impetuoso de que no le cogiera desprevenido. Tantas veces había ya experimentado con Inglaterra en 1803, con Austria en 1805 y 1809, con Prusia en 1806, con Rusia en 1806, cómo de lo que al pronto era tibieza se derivaba la desconfianza, de la desconfianza los preparativos y de los preparativos la guerra, que imbuído del todo en este encadenamiento rápido de consecuencias, no tuvo la duda más remota de que dentro de un año ó de algunos meses se le vendría encima la Rusia. De haber sabido hacerse justicia á sí propio y comprender por cuánto entraba su carácter en esta pronta sucesión de las cosas, reconociera que, aun cuando se armara la Rusia á impulsos de muy natural desconfianza, á su arbitrio estaba la guerra del todo, con libre elección de tenerla ó de no tenerla, á tal que supiera refrenar sus pasiones, pues evidentemente Rusia no la quería, á no ser que se le exigiera más de lo que se hallaba dispuesta á consentir relativamente al comercio. Y lo que Napoleón reclamaba de Rusia no era indispensable para el logro de sus designios, dado que, exigiendo de ella la ejecución del bloqueo conti-



mental de continuo, y aun exigiéndosela más rigurosa, lo cual cabía en lo posible, manteniéndose en paz con ella, quedando por tanto en libertad de llevar nuestras fuerzas á la península contra los ingleses, perseverando en el sistema adoptado de hacerles sufrir grandes apuros mercantiles y un revés militar importante, debía así venir á parar muy en breve á la paz marítima, es decir, general, y á obtener al cabo la consagración de sus grandezas por todo el mundo. Pero acostumbrado á mandar como amo; irritado de hallar oposición alguna por parte de una potencia á la cual había vencido, bien que no abrumado; pensando que era menester darle una nueva y última lección, forjando con este motivo sofismas arreglados á sus pasiones como los forjan hasta los talentos más eminentes; diciendo que necesitaba aprovecharse de ser aún joven para anodnar todas las resistencias europeas y dejar al inmediato sucesor del imperio una dominación universal y definitivamente aceptada; comenzando sobre todo con la movilidad de un carácter ardiente á hastiarse del plan reducido á buscar en España el término de sus largas luchas; fatigado de los obstáculos con que allí tropezaba, de las lentitudes que retardaran sin cesar la consumación de sus designios, achacando estas lentitudes, no á la naturaleza de las cosas, sino á sus lugartenientes, embelesado súbito con la idea de encargarse de la gran solución en persona, aun á costa de descuidar el Mediodía por ir á dar al Norte una de aquellas terribles estocadas con que sabía herir tan atinadamente, á impulso de tanta fuerza y á tan larga distancia, y de llevarlo así todo á feliz remate dentro de algunos meses, en vez de arrastrarse todavía por entre las intrincadas dificultades de la guerra de la península durante años; arrebatado, dominado, obcecado por una porción de pensamientos que llegaron á la vez á asaltarle, vió de pronto una nueva guerra con Rusia como cosa escrita en el libro del destino, como el término de sus gigantescos trabajos, y dentro de sí halló firmemente arraigada la resolución de hacerla, sin que se pudiera dar cuenta del día y la hora en que esta resolución se había formado en su cerebro.

Vivamente concebida en su espíritu idea semejante, lanzóse con increíble prontitud á ponerla en planta. Sin investigar si la culpa era suya ó de Rusia, si la causa del conflicto previsto estaba en él ó en ella, si dependería de su voluntad sola, de su voluntad mejor ilustrada, el precaver la guerra, tuvo por seguro que Rusia se la haría dentro de poco; que para declarársela elegiría el momento en que victoriosa de los turcos, por haberles arrancado el abandono de las provincias danubianas, pudiera disponer libremente de todas sus tropas; que antes ajustaría la paz con Inglaterra, y después de haber obtenido por sí la Finlandia, la Moldavia, la Valaquia, trataría de obtener por Inglaterra la Polonia, con grave perjuicio y para eterna confusión de la Francia; y de todo esto dedujo la necesidad de adoptar precauciones en el instante y de estar prevenido aún primero que Rusia. Desde entonces (enero y febrero de 1811) comenzó los aprestos para una guerra decisiva en las vastas llanuras del Norte. Ya resuelto á no guardar consideración alguna á Rusia, á someterla absolutamente como á Prusia y Austria, le asistía razón para poner manos á la obra lo más pronto posible, antes de

que aquélla quedase desembarazada de la guerra contra los turcos.

Para la guerra del Norte la principal dificultad que había que vencer era la de las distancias. Llevar del Rhin al Dnieper de quinientos á seiscientos mil hombres; llevarlos con un enorme material de trenes de puentes á fin de cruzar los mayores ríos del continente, con una considerable cantidad de raciones, tanto para los hombres como para los caballos, á fin de subsistir en un país donde los terrenos puestos en cultivo eran tan escasos como los habitantes y que probablemente se hallaría devastado de tal modo como Massena halló á Portugal; ir con este material detrás de un pueblo desesperado por entre llanuras sin límites que se extienden hasta los mares polares, era una dificultad prodigiosa y por el arte militar no superaba todavía, pues cuando los bárbaros en lo antiguo se arrojaron sobre el imperio romano y los tártaros sobre la India y la China, vióse á la barbarie invadir la civilización y vivir con la fecundidad de sus recursos; al paso que la civilización, por hábil y animosa que sea, necesita superar una dificultad de monta si quiere invadir la barbarie para arrollarla, y es la de llevar consigo cuanto no ha de hallar en su marcha.

Aunque de la memoria de Napoleón se hubieran borrado algún tanto los obstáculos de todas clases con que tropezó en 1807, previendo por las devastaciones de lord Wellington en Portugal los medios desesperados que no dejarían de emplear sus enemigos, conocía que las distancias serían el principal escollo que le opondrían los hombres y la naturaleza. Para salvarlo tenía que cambiar su base de operaciones, estableciéndola, no ya junto al Rhin, sino junto al Óder ó junto al Vístula, y hasta si podía ser junto al Niemen, esto es, á trescientas ó cuatrocientas leguas de las fronteras de Francia; y con su vasta inteligencia, ya Napoleón había trazado rápidamente su plan de campaña, como que era extraordinario y sin par en semejantes condiciones.

Junto al Elba tenía la importante plaza de Magdeburgo, precioso resto de la corona del gran Federico, resto quedado en su poder y apenas dado á su hermano Jerónimo: junto al Óder tenía á Stettin, Custrin, Glogau, otros restos de la monarquía prusiana, retenidos en prenda hasta el pago de las contribuciones debidas por Prusia: además junto al Vístula tenía á Dantzick, gran plaza y ciudad alemana y eslava, prusiana y polaca, constituida en ciudad libre bajo la protección de Napoleón, pero libre como con tal protector cabía serlo, y ocupada ya por una guarnición francesa. Por último, entre estas diversas plazas se hallaba el cuerpo del mariscal Davout que podía servir de núcleo al ejército más brillante. De todos estos escalones proyectaba Napoleón servirse para hacer llegar sin tardanza y aun sin ruido un inmenso material de guerra, y con este material una inmensa reunión de tropas del Rhin al Elba, del Elba al Óder, del Óder al Vístula, del Vístula al Niemen. Conseguirlo esperaba ocultando sus primeros movimientos á los ojos del enemigo, alegando falsos pretextos cuando ya no pudiera tenerlos ocultos, declarando el proyecto de una negociación armada luego que ni los pretextos valieran de nada, y finalmente, en el postrer momento trasladándose por una marcha rápida desde Dantzick á Koenigsberg, de manera de dejar á la

espalda y de librar de manos de los rusos las ricas campiñas de Polonia y la antigua Prusia, apropiarse los recursos de ellas y economizar de esta suerte el más tiempo que pudiera los recursos que hubiere reunido. Sirviéndose de estos mismos escalones quería Napoleón llevar su base de operaciones trescientas ó cuatrocientas leguas adelante para hacer que el Rhin estuviera junto al Vístula y el Niemen, que Estrasburgo y Maguncia estuvieran en Thorn y en Dantzick y aun quizá en Elbing y Koenigsberg.

Pero por mucho que se esmerara en ocultar ó á lo menos en disimular la intención de estos movimientos de hombres y de cosas, siempre chocaría bastantemente á los ojos menos perspicaces para que, advertida á tiempo la Rusia, tomara también sus precauciones y se lanzara de pronto sobre las comarcas á cuya ocupación quería Napoleón anticiparse, y tratara así de hacer más extenso el espacio devastado que nos separara de ella. En este caso, además del peligro de dejar en el poder de sus tropas los campos más fértiles del Norte, había el inconveniente de hacer inevitable la guerra, pues si el gran ducado de Varsovia era invadido por la Rusia, ya no permitía el honor que duraran las paces.

Ahora bien: considerando Napoleón inevitable la guerra con esta potencia, no apetecía más que anticipársela en los aprestos militares, pues hay que repetir que, al acometer tan pronto á unos como á otros, ya no cedía á su gusto por la guerra, sino á su pasión de dominación, y calculaba que, haciendo sus preparativos al punto, ínterin Rusia ocupada en Oriente se veía obligada á aplazar sus represalias, podría estar dispuesto y armado del todo junto al Vístula, cuando ella volviera de las márgenes del Danubio; que por tanto se encontraría en proporción de libertad de sus estragos la Polonia y la antigua Prusia, y quizá lograría intimidarla hasta el extremo de obtener de ella, por medio de una negociación armada, la sumisión á sus miras que estaba resuelto á conquistar por la guerra, si de otro modo no podía alcanzarla. Y aun llevaba los delirios de su vasta imaginación hasta esperar que, merced á sus inmensos recursos, merced á sus numerosas poblaciones, que conjeturaba hacer francesas, colocándolas dentro de cuadros franceses; merced á sus riquezas, fruto de su economía y de sus exacciones comerciales, podría á la vez continuar la guerra en el Mediodía y prepararla en el Norte, perseguir á los ingleses hasta las extremidades de la península por un lado y acumular por otro tantos soldados en Polonia, que espantada Rusia se doblara por completo á sus voluntades ó quedara del todo anodada.

¡Fatal y funesta pretensión la de abarcarlo todo, pues por grande que fuera, había de abrigar temores de que sus dos brazos no se pudieran extender desde Cádiz hasta Moscou, ó que, si podían alargarse á tanto, no fueran tan fuertes como se necesitaba para descargar golpes decisivos, sobre todo cuando para llegar junto al Volga fuera menester atravesar campos cubiertos de ruinas, erizados de hielos, sembrados de odios, inconvenientes más difíciles de vencer en la práctica de lo que á primera vista parece!

Tal fué, pues, la idea de Napoleón al empezar sin demora sus preparativos; ante todo, si era inevitable la guerra, hacerla antes que Rusia se desembarazase de

Turquía; después, elegir para armarse el momento en que, ocupada esta potencia en otro punto, no pudiera responder á un acto amenazador con un acto agresivo, encontrarse así junto al Vístula antes que ella y con fuerzas tales que, sin venir á las manos, pudiera obtener los resultados de la guerra.

En el conjunto de providencias indispensables, Dantzick, por su situación junto al Vístula, por su extensión, por sus fortificaciones, debía ser el principal objeto de nuestros cuidados, pues estaba destinada á figurar como depósito no menos vasto que seguro de todos nuestros recursos materiales. Después de Dantzick merecían atención muy privilegiada las plazas de Thorn y Modlín, junto al Vístula; de Stettin, Custrin y Glogau junto al Óder; de Magdeburgo junto al Elba. Ya Napoleón había reforzado la guarnición de Dantzick, dando órdenes de seguida para que ascendiera á quince mil hombres: aumentó las tropas de artillería y de ingenieros que eran francesas; agrególes un regimiento francés de caballería ligera, dispuso que se enviara allí un nuevo regimiento de infantería polaca, tan segura como la nuestra. Esta infantería, sacada de las plazas de Thorn, Stettin, Custrin, Glogau, fué allí reemplazada por regimientos del mariscal Davout, de modo que tales movimientos fueran poco notados por hacerse á cortas distancias. A su hermano Jerónimo, al rey de Wurtemberg, al rey de Baviera, pidió Napoleón que le proporcionaran un regimiento cada uno con el fin de tener en Dantzick tropas alemanas de toda la Confederación. A sus expensas completó el abastecimiento de las plazas de Stettin, Custrin, Glogau y Magdeburgo. Del rey de Sajonia exigió que volviera á empezar los trabajos de Thorn junto al Vístula, de Modlín en la confluencia del Vístula y del Burg, plaza importante que, según se debe de tener presente, hacía de Varsovia una capital de difícilísima defensa. Careciendo de recursos rentísticos el rey de Sajonia, ideó Napoleón distintos medios para proporcionárselos: desde luego tomó á sueldo de Francia los dos nuevos regimientos polacos que acababa de pedirle, después hizo que en París se abriera un empréstito en favor suyo por medio de la casa de Laffite, que debía dirigir al tesoro sajón los fondos procedentes de este empréstito como si los recibiera del público, siendo así que realmente los recibía del tesoro imperial. Además envió Napoleón cañones y cincuenta mil fusiles á Dresde, bajo pretexto de una liquidación pendiente entre Francia y Sajonia, y que se saldaba con remesas del material, según se decía. Llamó, distrayéndole de los asedios que tenía á cargo en Cataluña, al general Haxo para que fuera á trazar el plan de las nuevas fortificaciones, tanto en Dantzick como en Thorn, unas y otras á costa de Francia. Abundando en Dantzick hierro y madera, dispuso Napoleón construir allí muchos trenes de puentes que, llevados en carros, debían ser arrastrados por miles de caballos y servir para cruzar todos los ríos, ó como decía Napoleón, *para devorar todos los obstáculos*. Por los canales que unen á Westfalia con Hannover, á Hannover con Brandeburgo, á Brandeburgo con Pomerania, despachó un inmenso convoy de bateles cargados de balas, de bombas, de pólvora y de municiones confeccionadas. Un destacamento francés debía ir en custodia de estos bateles y á su bordo y sacarlos de los pasos difíciles que hubiese. Bajo pretexto de